

ANDRÉS SALOM

La élite feliz
se pone anteojeras
y confía las claves del destino
al horóscopo, al vuelo de las aves
y a su ruleta rusa trucada en amarillo.

Definitivamente:
nuestro color —el gris— carece de luz propia.
Somos sombras de sombra, y los espejos
convexos nos impiden mirar a otras miserias,
soñar y hacerle esguinces a la Historia.

He aquí el daguerrotipo:
Maceros sobre el rastro
de la última liebre de la luna, aparecidos,
orates, visionarios..., en horda perdularia;
señoritas toreras aureoladas
de luz y mariposas bizantinas,
alberos de excremento
y monjas de clausura mano a mano
con San Gabriel Arcángel.

Es la requisitoria a las intolerancias.
Prohibido prohibir y poner diques
a la mar y al ingenio.
Y si por gracia
de Dios, se hace posible
que en el vientre de Luzbel se engendre un nuevo líder
del reino de las sombras,
se desvela el misterio de los cuasares
y el honor de Preciosa sigue intacto
sin que sangre
la flor de su linaje o quede en prenda
la Cruz de Calatrava.

Spots publicitarios...
Habría a precios módicos:
En el Val del Ricote,
Villanueva y Ojós, se circuncidan
caballeros cristianos,
y Vicente Ferrer de la Epilepsia
— levitación erótica y cilicio—
concluye su proclama
por el Guadalentín aguas abajo:
“De esta tierra, ni el polvo en mis sandalias”.

Descartes, Marx y Freud levantan acta
sabiéndose vencidos.
No es motivo de alarma.
Se concluye
que si alguien pierde la razón leyendo
el Quijote, se debe
a que fue manco —y pobre— el oficiante.

Abismos de silencio como un golpe
de bisturí electrónico, quebrantan
la voz de Marisol, y Antonio Gades
congela su desplante.
La noticia...:
En un carmen de Alberca de las Torres
—de Santo Ángel, dicen—, mientras la media luna
guillotina estrellas de la tarde,
se ha perdido un imperio.
¡Ay de mi Alhama!